

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 18 DE JULIO DE 1920

NUM. 19.174

## CUENTOS ESPAÑOLES SOCIEDAD PRIMITIVA

La verdad es que para indemnizarme de los juegos de los hombres grandes, no encuentro nada más agradable que los juegos de los pequeños. Los de los primeros son pesados, nocivos, melancólicos, particularmente la política; los de los segundos, alegres, expresivos, llenos de profundas enseñanzas.

Por eso, cuando paseo en el parque del Retiro acostumbro a sentarme en cualquier banco de madera (nunca de piedra, por razones que me reservo) y paso momentos bien gratos contemplando el bullicio de los niños.

En este pequeño mundo, como en el otro, existen toda clase de pasiones, desde la envidia rastrera hasta el sublime heroísmo; el amor, los celos, la arrogancia, el valor y el miedo. Pero todas ellas son adorables, encantadoras, porque todas son naturales. La Naturaleza no produce cosas feas. Es nuestra infame reflexión quien las introduce en la vida.

Luego, aquellas escenas que presencio me transportan a las primeras edades del mundo y a los comienzos de la sociedad humana. ¡Qué santa libertad para anudar y deshacer relaciones! La amistad cordial, el odio franco, la envidia declarada, la vanidad ostensible, el miedo confesado. Es una sociedad primitiva; es el ser humano independiente y libre, dominador de la existencia y recreándose en ella.

Una niña cruzó por delante de mí con paso lento, casi solemne, dirigiendo miradas de atención complaciente a todas partes. Era una preciosa criatura de seis a siete años, rubia como una mazorca. Su mamá, sin duda, era aficionada a las flores. Ella las miraba y remiraba, parándose delante de una y de otra, acariciándolas alguna vez con su manecita, tan blanca, tan primorosa, que no desmerecía de ellas. ¿Su mamá era inteligente en jardinería? Pues ella también lo era y lo demostraba cortando con unas tijeritas las hojas que les sobraban.

¡Y que no estaba ella poco ufana de sus tijeritas, que pendían de una cinta azul de seda sujeta a la cintura! ¡Con qué placer las contemplaba balancearse al compás de su marcha! ¡Qué alegría se pintaba en sus ojos al recortar, delicadamente, con ellas, las hojitas que sobraban a las flores! Pero ¿les sobraban realmente a las flores aquellas hojitas? Es lo que se permitió dudar un guarda de grandes bigotes negros, que le gritó con voz formidable: —¡Eh, niña, cuidado con tocar a las flores, porque te llevaré a la Dirección y te encerraré en el calabozo!

La niña quedó pálida, yerta. ¡Virgen de Atocha! ¡La Dirección, el calabozo! ¡Y no ver más a su mamá, ni a Melita, ni a Chichil...! Afortunadamente llegó corriendo la Pepa, su vieja ama seca, que la zarandeó por un brazo.

—¡Angelina! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Tonta, retonta, atrevida! ¿No sabes que las flores no se tocan?...

Indudablemente, ni aquel guarda tan feo ni la Pepa sabían una palabra de jardinería, porque su mamá cortaba a menudo las hojas de las flores de la terraza.

dimensiones. Lo habían suspendido a la rama de un árbol y quemaban papeles que introducían en él hasta que se consumían, y volvían a introducir otros, y así sucesivamente. ¡Qué frívola ocupa-

Angelina, siempre inspeccionando sus flores, acertó a pasar cerca de ellos. Uno la miró con el rabllo del ojo, sonrió y dijo algunas palabras al oído del que tenía más cerca, que también sonrió y habló al oído del de más allá. Todos suspenden sus trabajos y contemplan sonrientes a la pequeña hacia del jardín. Es decir, todos no; el caudillo de la tribu le clavó una mirada altiva e inmediatamente la apartó para continuar su tarea.

Angelina sintió sobre su frente el peso de aquellas miradas burlonas y se ruborizó.

Pero ¿qué es lo que se dicen?, ¿qué es lo que proyectan aquellos revoltosos? Angelina no lo sabe; pero observa que se hablan sin dejar de mirarla, y adivina que se urde una trama contra su persona. Echa una mirada inquieta en torno suyo, y advierte con espanto que la Pepa se halla muy lejos y distraída en conversación con otras domésticas. Todo podía esperarse de aquellos seres primitivos, en los cuales apuntaba solamente el alba de la conciencia ética.

Y, en efecto, sin darle tiempo a huir, se encuentra rodeada súbitamente por ellos; la estrechan, lanzan gritos salvajes, rien brutalmente, como los héroes de la Odisea, y, por fin, llevan su osadía hasta poner sus labios en el rostro de la preciosa niña.

La indignación pudo en ella más que el miedo, como ha sucedido siempre en todas las doncellas cristianas.

—¡Que os pincho, que os pincho!—comenzó a gritar blandiendo sus tijeritas.

Pero no llegó a hacerlo, porque se hallaba mucho más alta en la escala de la evolución, y la horrorijaba verter una gota de sangre de su prójimo.

Los bárbaros se aprovechan lindamente de aquel delicado sentido moral, y uno tras otro besan, riendo, sus candidas mejillas.

Más he aquí que la justicia del cielo, revistiendo la forma corporal y perecedera de la Pepa, cae inopinadamente sobre ellos. Bofetada de aquí, pescozón de allá, estirón de orejas a uno, de pelos a otro, en mucho menos tiempo de lo que tarda en decirse, pone en dispersión a aquella canalla. Y en virtud del impulso adquirido (nos complacemos en suponerlo) arremete también contra Angelina, y planta dos bofetadas en aquellas rosadas mejillas, un instante antes tan besuqueadas.

Lloran los salvajes, llora su víctima y, ¡caso admirable!, llora también la justicia celeste. ¿De ira? ¿De remordimiento?

Un minuto después allí no había pasado nada. Los salvajes, satisfechos a medias de su correría, vuelven a la tarea de inflar el globo, y Angelina es arrastrada al tribunal de las domésticas para ser juzgada. No se encontró ni sombra de culpabilidad en su conducta. Por tanto, fué absuelta libremente, con todos los pronunciamientos favorables. Limpiados sus ojos, restregadas sus

TIPO DE LEVANTE, DIBUJO ORIGINAL DE ANSELMO MIGUEL NIETO



Se alejó el guarda descontento, se alejó la Pepa descontenta y ella se quedó descontenta también. Pero no tardó en contentarse. Olvidó instantáneamente su crimen y, deplorando, como es justo, la falta de instrucción agrícola de ciertas personas, prosiguió inspeccionando las últimas plantaciones del Municipio, dejando a sus tijeritas inactivas.

Un poco más lejos había un grupo de chicos, ninguno de los cuales pasaría de los diez años, que se ocupaban ardorosamente en inflar un globo de pequeñas,

dición! ¡Qué niñería! Angelina, desde lo alto de sus facultades estéticas, les dirigía una que otra mirada de lástima.

Entre aquellos soplaglobos, el que más se fatigaba y el que parecía dirigir la operación era un niño de robusta complexión, con grandes ojos negros y fieros, cabellos negros también que le caían en rizados sobre su frente sudorosa, y vestido con traje marinero. Por sus ademanes imperiosos, por sus miradas terribles, era un déspota oriental en miniatura. Los demás le obedecían sin replicar.



mejillas hasta el rojo subido para borrar las huellas de aquellos besos groseros, Angelina vuelve, como un pajarito alegre y petulante, a inspeccionar las flores. Poco a poco se va aproximando nuevamente al aduar de los bohemios, y pasa repetidamente por delante de ellos. «¡Oh, coquetería femenina, que ya estalla en un corazoncito de siete años!», exclamarán ustedes filosóficamente. Eso pensé yo, naturalmente; pero pronto me convencí de que infería una ofensa a la simpática niña.

Lo que la empujaba otra vez hacia el terreno de la tribu no era la coquetería, sino un vivo sentimiento de justicia.

A pesar del aturdimiento y angustia en que la había puesto la agresión de los bárbaros, pudo observar que el jefe de ellos, aquel hermoso niño de ojos y ca-

bellos negros, no había tomado parte en la algarada. Se había mantenido en su sitio, contemplando con mirada burlona y desdenosa la fechoría de sus compañeros.

Angelina, al pasar por delante del grupo, le dirigía miradas penetrantes de curiosidad y gratitud. La vi vacilar, dar un paso hacia él, volver atrás; por fin, se acerca con ademán resuelto, y le dice:

—A ti, porque has sido bueno, a ti te doy un beso.

Y, efectivamente, puso sus labios de coral en la atezada mejilla del caudillo. Este se deja besar inmóvil como una estatua, le dirige una larga y orgullosa mirada, y, haciendo un mohín de desdén, vuelve con el mismo afán a su tarea.

Armando PALACIO VALDÉS

## ACABÓ LA TRAGEDIA, PASÓ LA CONTRICIÓN

# La palinodia de Capus

ALFREDO Capus es, sin duda, uno de los ejemplos más admirables del ingenio galo. Elegante, sutil, flexible, su modernidad está ennoblecida de clasicismo y su clasicismo rejuvenecido de modernidad.

Aparece en las letras francesas ha treinta años en plena orgía naturalista, cuando en el zodiaco de la fama eran todos los signos antirrománticos, bajo el pontificado de Zola, siendo cónsul Claudio Bernard.

Comienza su labor en el periodismo oscuramente. Publica, siempre en la penumbra, versos de amor e ingenuidad. Se gasta, durante años y más años, en la epopeya anónima del suelto. Por fin, en un asalto heroico, conquista la Bastilla escénica.

¿Quién ignora la historia espléndida del dramaturgo de «Paraitre» y de «L'Adversaire»? Fama, dinero, influencia, cuanto esconde la «gloriola» teatral, se somete al agudo ingenio. Comparte con Brioux y Lavedan el prestigio profesional y con Emilio Fabre y Julio Claretie la dignidad ideológica. Es, junto al estruendoso «sensacionalismo» de Bernstein, una solidez altiva, y al lado del rebuscamiento de Hervieu y Bataille, la espontaneidad elegante. Y es, sobre todo, ante el terremoto espiritual de la guerra, el más inquieto, preocupado y sensible de los escritores franceses.

Poco antes de la conflagración, Alfredo Capus toma la dirección de «El Fígaro». Después de la tragedia de Gaston Calmette, el gran diario parisino se hallaba en situación difícil. La bala de madama Caillaux cortó el nudo gordiano del «affaire» político; pero agravó considerablemente los problemas periodísticos y literarios. «El Fígaro» se había aburguesado en términos que ponían su popularidad en peligro. Entonces, Alfredo Capus emprende su campaña de restauración popular. Sus informaciones, sus polémicas vuelven a interesar al «gran público». Acaba con la sosería discreta y la inhibición calculada de Camette. Otra vez Beaumarchais se instala en el hotel Druot.

Esta obra de reconquista popular es sencilla, espontánea, enemiga del «bluf» y del escándalo. Mientras otros grandes diarios no vacilan en emplear armas prohibidas, «El Fígaro» renueva su tradición de ingenio. Nada tan ejemplar como esta insigne época de transición en que Alfredo Capus presiente la guerra. Las elegantes lectoras de «El Fígaro» se quedan atónitas al leer un día cierta crónica de Capus sobre «la ca restía del calzado». ¡Gran Dios! ¿Qué

va a ocurrir en Francia y en el mundo?

Por fin, ya en vísperas de la lucha, el delicioso autor de «Paraitre» asiste a la reposición de su obra. La sátira contra el afán de «figurar» impresiona profundamente. Francia empieza, al fin, a sentir la conciencia de un mundo social nuevo. Los bárbaros, a las puertas de Roma, producen en las nuevas patrias cierto «dolor de corazón». Capus lo aprovecha. Activo, infatigable, lleno de ardor patriótico, da entonces su famosa conferencia «La parisiense de ayer y la de hoy»...

La conferencia es un encanto. París conoce ya el terror de los combates, el pánico de los ataques nocturnos, el horror del convoy de heridos. Capus, con su barbilla de empleado y su monóculo de diplomático, ocupa la tribuna silenciosamente.

El salón está lleno de damas. Ya entonces el Molino Rojo se había transformado en hospital de sangre, y Paillard y el Americano llevaban cerrados un mes. En el elegante auditorio había un temeroso remordimiento. Alfredo Capus charla y charla; pero en su discurso no hay «potins». Es la obra de un moralista vestido de mundanidad. Sus viajes

históricos por el hotel de Rambouillet y por las celdas de Port Royal no son coros elegantes, sino salmos de penitencia. La parisiense de ayer no es madama Du Barry, modistilla elevada a favorita, sino madama Maintenon, que abandona Versalles por Saint-Cloud.

Ya en estas sendas ideológicas, Capus avanza, denodado. La parisiense de hoy no puede ser tampoco una trivialidad ambiciosa, inconsciente y egoísta, sino una contrición austera, ennoblecida de sacrificios.

La conferencia ha terminado. Las damas lloran. Capus, calándose el monóculo, se dirige a la redacción de «El Fígaro»...

Pocos días ha, París sintió curiosidad por la reposición de «Paraitre». La reposición fué «una plancha». Después del Tratado, aquella formidable sátira contra la vanidad femenil produjo deplorable efecto. Un público de «nuevas ricas» encontró la obra «anticuada», «sensible», «cursi». Un coro de críticos «actualistas» la pulverizó entre burletas.

La palinodia de Capus es digna de su fino ingenio. El gran escritor confiesa que se llevó chasco. Esperaba, tras un millón de muertos, dos millones de heridos, diez provincias devastadas y toda la nación anémica, un vivo testimonio de duelo público, un plebiscito patriótico contra el lujo y la vanidad.

Pero se llevó chasco. La obra fué interrumpida por protestas. Al terminar cada acto bajó el telón entre sonrisas compasivas. ¡Pobre Capus! ¡Vive en la Luna!

Un crítico «actualista» se permitió decir que el lozano autor de «Paraitre» es una especie literaria antediluviana.

«Sólo a un diplodocus dramático—añadía—se le puede ocurrir que la mujer proteste contra el lujo. En la sátira de «Paraitre» faltan dos elementos esenciales: la observación y la cortesía. Si Capus diese un paseo por París podría comprobar su ridículo. Si hubiese oído a las damas que salían de presenciar su comedia hubiese comprobado su grosería...»

En estas condiciones, el sutil dramaturgo anuncia que abandona el campo. La retirada de este ingenio no es, precisamente, una fuga. Su deliciosa palinodia tiene carácter combatiente. Es la flecha del parto, disparada en el arco de Beaumarchais...

Cristóbal de CASTRO

## COMENTARIOS DE UN LECTOR

# Viajes, prosas, poesías

LIBROS, libros, libros... Los libros desbordan sobre mi mesa. Y voy leyendo vertiginosamente, a veces con gula, otras con el sentimiento de la rebusca infructuosa y ávida de la idea-oasis en el desierto de las páginas glaciales...

Hay dos clases de libros: los unos ofrecen sus márgenes, invitándonos a la colaboración efusiva, al comentario aprobador, a la denegación airada, al diálogo lírico... Los otros pasan como meteoros y no sobreviven en nosotros como recuerdos, sino, en todo caso, como sentimentalidades que un día se añadieron a la inconsciente acumulación de nuestra vibratibilidad... Otros, en fin, no nos dejan ni una estela de luz, ni un aire de canción, ni un rastro de aroma...

Cojo, al azar, las *Estampas de viaje*, de Luis G. Urbina (Biblioteca Ariel). Los libros de viajero, esos *Itinerarios* cuya primera forma realista debió de ser el

de Rutilio Numaciano, me han interesado siempre como unión feliz entre un lirismo personal y la contemplación dinámica de las cosas. En algunos, lo interesante es la evocación de la objetividad, la suscitación de la vida oculta, que sólo se revela a los que sean dignos de oír su canto al pasar. Pero en otros, lo interesante es el alma del contemplador, que al reflejar la naturaleza aprende a descubrirse a sí misma.

Nueva York, Cádiz, Barcelona, Madrid, Toledo... El peligro de ese itinerario está en su trivialidad. Hay un rastro de tópicos, dejados a través de mar y tierra por los viajeros que en él nos han precedido, y que lo señala indefectiblemente a los viajeros futuros. No es fácil descubrir el sentido espiritual de un país contemplado por primera vez con mirada de artista; pero más difícil es todavía librarse del contagio de la vulgaridad o del prejuicio con que las miopías espirituales han querido transmitir-

nos la visión de un país o el sentido de una patria.

El señor Urbina es un temperamento delicado y un exquisito escritor. No buscó en el suelo de su ruta las piedrecillas de *Petit Poucet*. Serenamente se orientó en el bosque, descubrió su lucecilla conductora, y entre la selva de las imágenes trivializadas y bajo el canto de sirena de los conceptos o de las frases de *snoob*, que otros viajeros habían impreso sobre el camino como cuños de medalla, logró acertar con su visión personal y transmitirnos su nota íntima.

Aquí están otros dos libros de un autor lleno de *intenciones*, dicho sea en el sentido estético que dió Wilde a esa palabra. El uno está en prosa: *Divagaciones, desdén*. El otro es una colección de versos: *Umbrales*. Su autor es Antonio Espina García. Abro el primer volumen: leo: «El malhumor se va resolviendo ondulatoriamente... La sensibilidad se sustituye como al roce de un secreto, y la meditación hermetiza duramente nuestro rostro.» Como veis, un fuerte deseo de renovación conceptual y expresiva anima ya esa primera página. ¿Tradición gongorista? Sí; pero yo siento una gran inclinación, una gran debilidad por esos esfuerzos que libertan de la bajeza pecuaria la expresión. El libro es una colección de fragmentos muy diversos, que le dan, más que un aspecto de mosaico, no sé qué aires de policromía arlequinésca, acentuada por el tono de *humour*, un poco rebuscado, de toda su *manera* literaria. La colección de *Malabares* tiene aciertos fulgurantes, graciosas parábolas de cohete. Hay algún cuento levemente narrado, *espiritual*, en el sentido primario del adjetivo. Mejor diríamos *espiritual*. En cuanto a los *Índices paralelos*, me parecen un excesivo sacrificio de la *expresión* a la *intención*, y en ellos se llega a la ininteligibilidad... Otro fragmento se titula *Triálogo*; y aquí sí que va a permitirme el autor una pequeña impertinencia mía, muy cortés, aunque, al fin, de dómene... *Diálogo* no significa conversación entre dos personas. Hay aquí un error, ocasionado por una apariencia etimológica. *Diálogo* significa conversación, *coloquio*, sea cual sea el número de los interlocutores.

El volumen de versos se adapta mejor a las dotes naturales del Sr. Espina. Pertenece a un *banvillismo*, a veces bufonesco, pero siempre ingrático y *sautillant*. ¿Por qué no decir que, en ocasiones, extrema las cabriolas de la imagen y descende a lo que sólo puedo designar exactamente ahora con el calificativo francés de *sangrenu*?

Véase:

Si algo me entretuviese, si gustase de guardar  
[sellos  
o de animar mi murria cortando cuellos...  
Pero... ¡sentir disnea de estupidez  
en la bomba neumática de la Honradez!

O también:

Alma de camisa negra  
para el cuerpo desnudo del Esperanzado,  
entonación en gris  
para el rictus felizoidal del Desesperado.

Y este enigma:

¡Circunferencias de melancolía  
con radios de plata cansada!

Tampoco me parece bien que Voltaire consueene con Pasteur.

Pero hay otras composiciones en que un alma poética se levanta sobre tales ambigüedades, y encuentra su llama, al azar de esos avances a tientas, en la oscuridad. Así las poesías tituladas *Cenizas*, *Tiniebla*, *Plegaria*, *Verbena*, *Tregua*, *Noche*, *Nunca*.

La mayor ventaja de ese escritor está en su fuerte levadura de *devenir*; en cierta *gestación de sí mismo*, destinada a dar su fruto, y que no debe malograrse.

Gabriel ALOMAR





P. Vera.

## Salambô

Al robar el zaimph, Matho se hizo dueño de mi vida. En mi casa de Megara yo presentí mi destino funesto de pecadora. En el gran lecho tendida, contemplaba la serpiente que remedaba el camino de los astros en los cielos. Al ver su flexible cola, meditaba en las pristinas viscosidades del mundo, en la voluntad de Eschmún. Oraba, pálida y sola, ante la clara Rabetna, madre del flanco fecundo. Temía a Baal. Su prestigio amenguaba mi denuedo en resistir su influencia devastadora y tirana.

Una noche, Schabaharim enseñóme con el dedo las constelaciones lívidas y me dijo: «El alma humana va recorriendo el Zodiaco; por el Capricornio vuelve a la mansión de los Dioses, tras esta breve existencia. Como una perla en el vino, en la Luna se disuelve para volar luego al Sol, fuente de la Inteligencia.» Y después me suplicó que fuese al campo de Matho para rescatar el velo: «Los Dioses te ayudarán, cuando estés sola con él.» Quedé silenciosa un rato. Despedí al gran sacerdote. Tras un bosque de arrayán y terebinto, los hombres iban con las diaconisas...

Fui a mi cuarto a que Tanaach me perfumara y vistiera. Y me desnudé del todo. Mi cuerpo sobre las lisas losas de pórfido rojo se abandonó a que le ungiera su mano de cardamomo. Luego me puso una túnica violácea y transparente; la veste de verdes franjas; los pantalones azules bordados en plata púnica, y un negro manto de cola. Me esperaban en las granjas, un esclavo y dos corceles. Me despedí de Cartago. Amanecía. El creciente de Tanit, tenue y minúsculo, miraba a mi pobre patria llena de oprobio y estrago. Un ciego tañía el kinnor en la paz de aquel crepúsculo. Todo el día galopamos, hasta que pisé su tienda. «Matho, vengo por el velo que arrebataste a la Diosa», le dije, y se echó a temblar, él, león en la contienda. Asíome las dos muñecas, y su voz se hizo amorosa. Gota tras gota, el perfume de mis grandes perlas huecas caía sobre mis hombros. Desfallecí entre los brazos del vil bárbaro membrudo; sobre el lecho de hojas secas, mi rota cadena de oro dió dos rudos latigazos, y cundió todo el incendio de Moloch por mis entrañas. ¡Pero recuperé el manto! ¡Con su virtud te vencí, Matho de las negras barbas, Matho de las fieras sañas, y la torcaz candorosa hizo morir al neblí! Así el Sufeta del Mar pudo hacerte prisionero y condenarte al martirio, que cantarán los rapsodas, cuando, cruel, te lapidó a mis pies un pueblo entero, una mañana radiante en que celebré mis bodas.

Mauricio BACARISSE





# LOS AMORES DE FROU-FROU Y DE PANFRITO

PANFRITO era un bull-dog, medalla de oro en la Exposición de perros de aquel año. Mucho mejor se le debiera haber llamado Pan-quemado. Porque Panfrito, por raro caso entre los de su especie, era más negro que el carbón, más negro que la pez, más negro que la boca del Infierno.

Una tarde Panfrito, en la jaula de la Exposición, engurruñó el hocico más que de costumbre, porque le dio en la nariz un olor a esencia finísima. Vol-



vió la cabeza, y al lado, en la jaula de al lado, se encontró con una perrita. ¡Dios mío, qué perrita! Una borla de oro, una perrita nunca vista, vamos; toda rubia, suave, delicadísima, esponjosa, con un lacito rosa y un hociquito rosa también... Una verdadera monería.

—¿Eres tú la que hueles de ese modo?—le preguntó Panfrito.

—Yo soy—contestó la perrita.

—Hija, ¡qué peste! No se puede parar a tu lado... Hueles como una señorita.

—Como mi ama... Es ella la que me pone así; yo no tengo la culpa...

—Ya me lo figuro. Tú eres un primor.

—Y tú un horror.

—¿Te doy miedo?

—¡Ca! Si a mí me gustan así, feos.

—Es verdad. Nosotros, cuanto más feos, mejor. Y vosotras, al revés. Por eso nos han dado primera medalla.

—¿De qué tienes el pelo tan negro? ¿Es que has nacido en un fogón?



—No, es que es así.

—¡Ah!... ¿No tiznas?

—No; por mucho que frote no des-pinto.

—¡Oh, qué bien! ¡Tú tan negro!...

—Y tú tan rubia...

El día que los separaron, al cerrarse la Exposición, fué terrible.

Panfrito se pasaba la vida aplastándose más aun el hocico contra los cristales del balcón a ver si veía pasar a su perrita por la calle, y como no pasaba nunca, se fugó de su casa un día, decidido a morir o encontrarla.

Pasaron dos días, y ni rastro de Frou-Frou.

—Dios mío, ¿si estará mala?—pensó con sobresalto—. Y sintió una punzada en el corazón. ¿En el corazón? No; después de fijarse bien, notó que era en el estómago, porque no había comido desde que se escapó de su casa.

No había comido desde entonces y... no veía el medio de comer...

Pensando estaba cómo resolver este conflicto, cuando a la vuelta de una esquina se quedó paralizado de emoción... ¿Frou-



Frou? ¡Qué Frou-Frou! Un chico de repostería con un jamón en dulce dorado, reluciente, que le puso los dientes de a palmo a Panfrito.

El perro, mirando a un lado y a otro, se aseguró de que no venía gente por la calle, y de un brinco saltó sobre el jamón, lo agarró con los dientes y apretó a correr como una liebre. Pero a los gritos del chico acudió gente, se arremolinó, le acorralaron y, por fin, vino un guardia de Orden público que, echándole mano al cogote, le condujo a la Delegación, sin miramientos.

—¡Guau, guau!—decía, furioso, Panfrito—. Soy medalla de oro; ¿se entera usted? Soy medalla de oro. ¡Guau! Si me detiene

usted le saldrá caro.

—¡Miau!—dijo el guardia—, y se le llevó detenido, a la vista de todos los chuchos callejeros que se paraban a contemplar la escena. ¡Qué vergüenza!

En la Delegación, el juez se quedó encantado al verle.

—¡Pero el este perro es finísimo!

—¡Ha robado!—exclamó el guardia con indignación.

—Bueno... Que me lo lleven a mi casa.

Ya sabemos que el mundo anda rodando, y mire usted por cuánto resultó de estas vueltas que la hermana del

juez era precisamente el ama de Frou-Frou, y cuando Panfrito entró en la casa nueva y se halló con la perrita, por poco se muere de ventura.

Pero no pasaron las cosas tan bien como esperaba. Por lo pronto, se encontró con que Frou-Frou tenía en sus habitaciones un bull-dog exactamente igual, lo que se dice igual a Panfrito. Frou-Frou se había puesto tan triste y tan nerviosa cuando la separaron de su amigo, que la dueña, enterada de todo, le había comprado un bull-dog de trapo que encontró en una tienda de juguetes.

Esto, que al parecer era una prueba de amor para Panfrito, fué el origen de todas sus desdichas, porque la perrita se había acostumbrado a zarandear al muñeco de tal modo, que luego pretendió tratar a Panfrito de la misma manera, como si fuese también de trapo y serrín.

Cuando a la señorita Frou-Frou le acomodaba salir, tenía que quedarse Panfrito en el cuarto de los baúles sin rechistar, como el Panfrito de juguete; cuando la señorita Frou-Frou quería arrebujarse en el sofá, no podía subir con ella Panfrito porque estropeaba el tapizado; cuando a ella no le apetecía jugar, tenía él que aguantarse; en cambio, cuando ella estaba en vena de jugueteo, Panfrito debía someterse a que Frou-Frou le zarandeara como al muñeco; y cuidadito con que se atreviera él a devolverle los achuchones!, porque entonces la damisela protestaba:

—¡Quita, que me manchas! Estate quieto, bruto.



que me haces

daño...

—Pero si son mimos...

—Pues no me los hagas... ¿No ves a ese cómo se está quieto?...

—Porque es un monigote.

—Porque es mejor que tú...

—Un día ¡la muerdo!—llegó a decirse el chuchó, que estaba ya de impertinencias hasta la coronilla.

Y, en efecto, un día que se empeñó la buena de la perrita en que le perfumaran también a él lo mismo que a ella, se cargó, y en tres minutos le deshizo el lazo del cuello y lo rompió; se revolcó en el edredón de raso crema hasta ponerlo más negro que su hocico; le dio tres buenos mordiscos a la retecargantísima Frou-Frou; mordió a la criada, que fué en socorro de la perra; mordió al señor juez, que fué en socorro de la criada, y no mordió a la amita porque le dio un ataque de

nervios y no se metió con él, que si no, también la muerde.

Estaban todos queriendo arreglar el destrozo de la tragedia, y Panfrito debajo de un armario, donde no pudiera



encontrarle el señor juez, cuando sonó el timbre de la puerta y se presentó un caballero, con corona de duque nada menos (la corona iba en la tarjeta, no es que la llevara en la cabeza); un señor a quien nadie de la casa conocía..., pero a quien Panfrito olió antes de que abrieran la puerta: ¡su amo!

Su amo, efectivamente, después de andar buscando al perro qué sé yo los días, había averiguado, por fin, gracias a un policía particular, el paradero de Panfrito, y venía a recogerle.

La dueña de Frou-Frou volvió en sí para saludar al duque; el duque encontró a la dueña de Frou-Frou tan linda como a Frou-Frou; el duque prometió llevarle, personalmente, un ramo de flores para compensar los estragos de Panfrito; la señorita, agradecida, quiso corresponder a la fineza del duque y le envió una Frou-Frou de trapo para el perro; el duque, entonces, regaló un collar a Frou-Frou y otro collar a la dueña de Frou-Frou, y, por fin, acabaron casándose.

Frou-Frou, temerosa de que Panfrito quisiera a la Frou-Frou de trapo más que a ella, y amansada por el vapuleo de marras, se moderó en sus chinchorrerías y dejó de hacerse la cargante; en vista de lo cual Panfrito se casó con ella, y fueron muy felices, y tuvieron muchos hijos.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.





ANSELMO MIGUEL NIETO

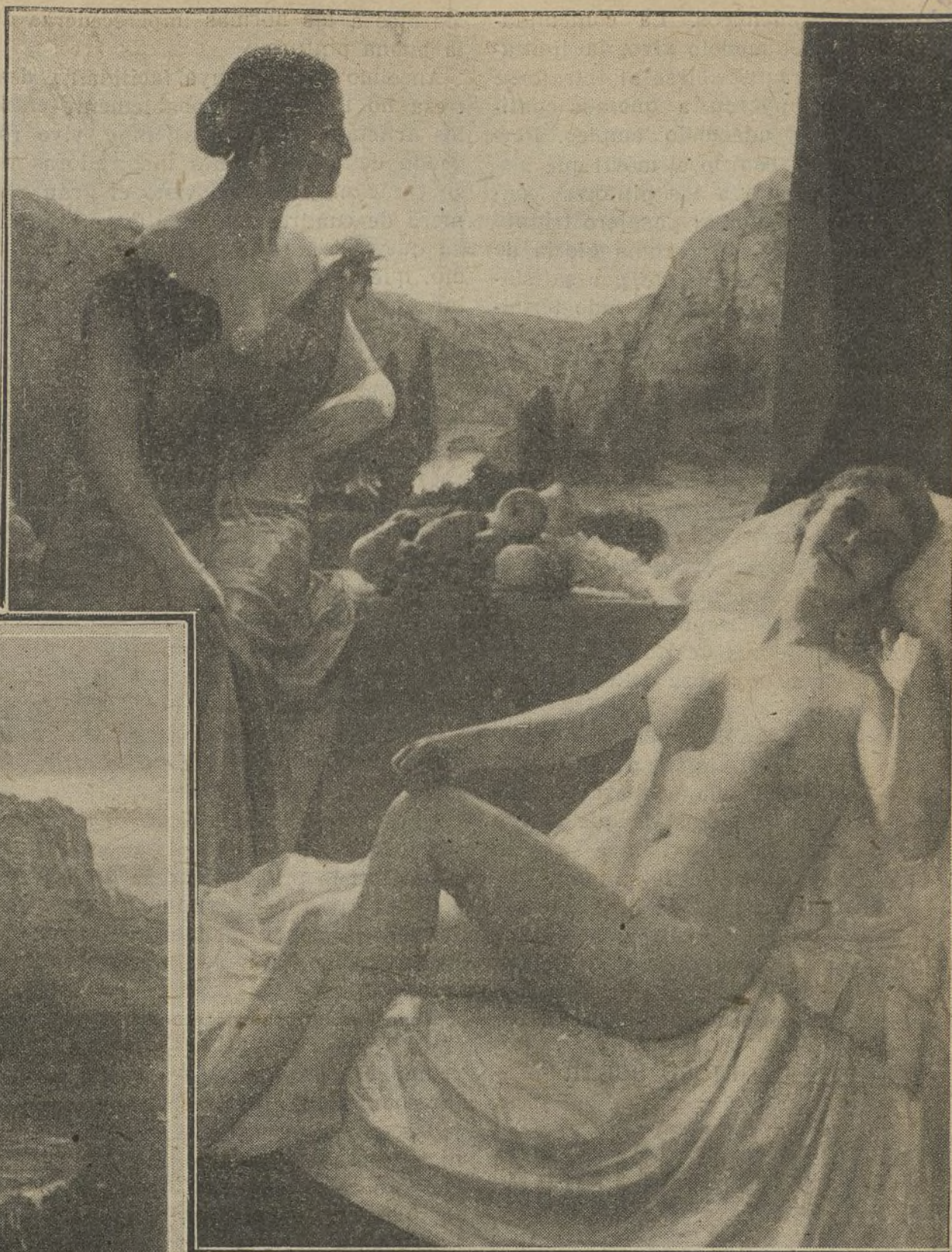
## El pintor de la mejor musa

La mejor musa es la de carne y hueso. —RUBÉN DARÍO

No busquéis su nombre en el catálogo de la Exposición. Anselmo Miguel Nieto ha rehuído siempre los concursos oficiales. Una sola vez, hace ya diez años, consintió en presentar en el Retiro, sin opción a medalla de honor, a merced de jurado alguno, *La danza*, gran boceto al temple, destruido después por un chubasco en el terrado de su estudio, y del que restan dos apuntes, en la Argentina el uno y propiedad del pintor el otro. Fué su modelo por aquel entonces la

de Zuloaga plasman la crítica social de los herederos de D. Joaquín Costa. Y así tenemos ya una España más negra que la leyenda de Montjuich, en tanto bárbaro lienzo, sucio de *color local*, como corre por esos mundos.

Había, sin embargo, en las primeras obras notables de Anselmo Miguel Nieto cierta peligrosa propensión al arcaísmo. La manera renacentista cohibía su natural expansión. Su instinto de pintor le salvó y pronto logró libertarse de aque-



PANNEAU DEL SALÓN DE FIESTAS DEL CASINO DE MADRID



ESTUDIO DE GITANA

bailarina Rita Sachetto, importadora en Madrid de la coreografía artística—caracterización Gainsborough par mimar un minué de Mozart; Goya, para una danza española de Tchakousky; Botticelli, para el vals de la Primavera, de Strauss el viejo—. *La danza* y los diferentes retratos de Rita Sachetto, pintados en la misma fecha por Anselmo Miguel Nieto, expuesto uno de ellos todavía en la Casa Lissárraga, denotan ya la *mano maestra*—y valga aquí en el tópico su acepción virginal—; la sabiduría, sin duda, innata; la virtud excelente de este pintor.

Porque Anselmo Miguel Nieto es un pintor. Ni más ni menos. Y no es del todo ocioso insistir en la aparente redundancia. Tal confusión desgobierna hoy las artes todas; tan perniciosas son las mutuas intrusiones de unas en otras y tan erróneamente se truecan los medios de expresión propios de cada actividad artística, que el hecho simple de que un pintor se limite a *pintar*, revela en él un elegido. Hay cierta escuela (?) de pintura, muy en boga últimamente, que vierte en un cuadro conceptos, no sólo literarios, mas de una literatura utilitaria, circunstancial, efímera; verbigracia, las repetidas alegorías en que los imitadores



RETRATO DE MADAME MADELEINE SYLVESTRE



llos modos académicos. La contemplación directa del modelo vivo, la limitación que al circunscribirse al retrato se impuso, contribuyeron a que sus cualidades hallaran adecuado empleo. Porque estimando absurdo el móvil que inspira generalmente a los pintores contemporáneos, atentos al pasajero triunfo de exposición o a la póstuma gloria de museo, pinta primeramente por satisfacer el propio afán, y en segundo término, atemperando la inspiración personal a las condiciones de la vida contemporánea, sujeto a las contingencias de un mercado lícito, ajeno a la corruptora falsedad del arte subvencionado.

Tórtola Valencia fué, después de Rita Sachetto, la musa viva de sus más famosas composiciones. La escogidísima colección de sus obras expuestas al público al mismo tiempo que la exótica danzarina libraba sus primeras batallas con los espectadores de Roma, cimentó la fama de que hoy goza este pintor de retratos bellos.

Anselmo Miguel sólo bellezas pinta. No le atrae el morbo de lo feo pintoresco ni esa que pudiéramos llamar exageración de lo *característico*, tras de que corren no pocos aberrados. La visita a su estudio, encantado albergue de su obra, inédita para el gran vulgo de las exposiciones, es uno de los escasos placeres que le están concedidos a quien tiene hechos

los ojos a las normas imperecederas de la buena pintura.

Anselmo Miguel, cuya facilidad y destreza no tiene par probablemente entre los artistas de nuestro tiempo, vive rodeado de las imágenes inspiradoras de su creación. Díjase, visto el gran número de cuadros sin la última pincelada que decoran las paredes de su estudio, que el pintor se complace en dejar inacabada, en un infinito de posibilidades, la obra en que se ejercita. Dos lustros lleva sin dedicarse a dar por concluida la sinfonía en oro mayor, cuyos deliciosos acordes atraen la mirada del visitante apenas pone el pie en el laboratorio de este mago insatisfecho, que tal vez necesita para gustar la propia tarea no considerarla nunca terminada en su designio interior.

Casi todos los lienzos de Anselmo Miguel son retratos de mujeres, divinas masas de carne y hueso. Mujeres hermosas y, por lo tanto, *inexpresivas*. ¿Qué viene a ser, en suma, la serenidad clásica sino el dominio de toda pasión? En las telas donde este pintor refleja la gracia de Dios en lo mejor de su universo no se advierte esa intensificación de la mirada, ese descabalamiento de la proporción, que acusa la preponderancia del espíritu sobre el barro de la estatua humana. Sus retratos ni sienten ni padecen, en la mejor acepción de la palabra. Revelan el

olimpico donde la belleza reside. Anselmo Miguel pinta lo que ve con los ojos de la cara y no con los ojos del alma. Le basta saber que la cara es su espejo. Se recrea pintando una mujer del *natural*, cual una *naturaleza muerta*.

Mas, y aquí de su condición innata de pintor, nada tan lejos de su pintura como ese arte barato de fotografía policromada, gustado de las buenas y honradas familias que aun pueblan el ámbito terrestre.

Anselmo Miguel representa, sí, la realidad; pero tal cual es, en la suma total de sus valores, en su armonía visual, en su conjunto pictórico. No reproduce el instante, el minuto transitorio, sino el color de la hora.

De ahí que sus musas aparezcan a ojos del contemplador envueltas siempre en su luz propia, en un ambiente nunca caprichoso ni arbitrario, pero tampoco sometido a la inquieta perspectiva del momento fugaz.

La mujer vestida de rosa, tocada con blanca mantilla, rima con un rosado atardecer, cuyos nácares suavizan el paisaje con matices muy del siglo XVIII; la gitana morena cobra toda la virtud de su raza antigua con el alfombrado mantón, cuyos tonos armonizan con el fondo rojizo; la hierática indiana destaca su escultura de idola en la suntuosa gama de difíciles amarillos, glorioso lim-

bo en que se yergue esbelta; la muchacha nazarena se viste con destellos del poniente violeta; la joven madre presta al jardín que encuadra su figura el sol que en sus mejillas y en el oro de sus cabellos se enciende rubicundo; la cortesana bella abriga su moreno descote con el boa, que la tarde tiñe de un gris elegante; la bacante yace desnuda, rodeada, en su espléndida indiferencia, de otros frutos de la tierra, hijos, como ella, de un mismo Dios impasible: las dos amigas copian la gracia primitiva de las *donne gentili* azafatas de Beatriz. Y en el coro de musas instala su efígie—traspuesta evocación del Tiziano—D. Ramón del Valle-Inclán, pintado en un fondo del Renacimiento, con una atmósfera verdigris, compendio espiritual de todos los crepúsculos serenos.

Tiene entre manos el pintor en estos días el retrato de D. Santiago Ramón y Cajal, cuyo primer estudio es un acierto imponderable, y un grupo de familia, el amplio esbozo del cual es, más que halagadora promesa, fruto cierto.

No obstante sean, a buen seguro, preferibles los innumerables apuntes, las incipientes *manchas*, los primeros *conceptos puros* que se ofrecen por doquier a la mirada del curioso en el estudio de este pintor de masas reales y verdaderas.

G. RIVAS CHERIF

DE UN GLORIOSO SOLAR

## La vieja barriada

El silencio es profundo. La calma parece definitiva. Las calles vetustas, bajo el pródigo y candente sol, duermen un sueño de siglos. Se respira como un aroma de eternidad. En las viejas fachadas amarillentas destaca la hidalguía, la pompa caballeresca de escudos nobiliarios: cimbras, espadas, dagas, leones...

Las épocas han variado, y muchas de estas venerables casas solariegas no son ricas moradas de nobles caballeros. Su orgullo legendario y su prestigio heroico han sido vencidos por el tiempo, ese paladín implacable y tenaz, siempre victorioso en el torneo perenne de la vida. Los años lo mudan todo, y los cosechas, los cascos, las mallas, las lanzas han cedido a las cayadas rústicas de los pastores y a las picas toscas con que los gañanes guían a los bueyes. Donde antaño se emplazó un palacio señorial y altivo, en que las ricashembras solazábanse con valientes caballeros cristianos y duques y condes cruzaban sus diestras espadas por el encanto de unos ojos bellos, emplázanse hogaño posadas y mesones, en los cuales mozas plebeyas y arrieros burdos retozan animados de su grosera bestialidad.

A veces suena una blasfemia, acaso en la misma pieza espaciosa que fuera capilla del palacio, y no es raro que un hombre, ensangrentado el pecho, caiga al suelo de golpe, en riña por unos dineros, y no herido de espada caballeresca, si de rufianesca navaja cachicuerna y traidora.

Bajo los escudos ábrense al sol y al aire las clásicas ventanas, defendidas por rejas admirables de vieja y peregrina forja.

De tiempo en tiempo rompen el silencio unas campanadas graves, amplias, lentas, que caen desde lo alto de la catedral litúrgicas y solemnes y se alargan, sollozantes, de torre en torre, de iglesia en iglesia, repercutiendo en la sonoridad de las cúpulas...

A poco vuelve el silencio, sólo inte-

rrumpido a largos intervalos por el cantar somnoliento de las codornices enjauladas, por el paso de algún orondo canónigo o por el de algún viejo mendigo que trasciende a ese agrio inconfundible de la miseria.

Un hombre tiznado y andrajoso, un calderero errante, al hombro su mezuquina carga de cazos y de sartenes, alborota un momento la paz de la callejuela repicando un martillo contra una plancha de hierro. Nadie precisa de él, nadie le llama. El calderero mira a las ventanas sin cesar en su repique y desde ninguna le solicitan. Mira a los zaguanes, y ninguna de estas viejas que se amparan en la fresca penumbra, abismadas en sus labores, con las largas agujas entre sus manos temblorosas, levanta la cabeza para verle pasar. Y allá, al final de la vía, en una encrucijada, desaparece el calderero con los últimos ecos metálicos de su pregón característico.



Hace calor. El sol pone las calles como tortuosos regueros de luz. El aire abraza. Las puertas portaleras, de un purísimo arco románico, están entornadas. Entre ellas vese el piso enchinarrado, recién regado con agua fresca del pozo. Dan una deliciosa nota de paz y de frescura.

Acometen deseos de entrar, y sentarse, y descansar allí...

De un edificio frontero salen unas vocécitas suaves, acordadas en un coro de cristal. Parece cantar de ángeles y piar de pájaros. La dulce canción infantil tiene un ritmo religioso. Son las niñas de un colegio. Dieron las cinco de la tarde, y las niñas, temblorosos los pechos bajo los delantalitos blancos, cantan sus oraciones a la Santa Virgen María...

En el fondo de esta calle evocadora se abre una plaza amplia, silenciosa, toda llena de calma y de sol, con unos árboles reverdecidos, que es como un remanso.

Igual que regatos, humildes y tortuosos, afluyen a ella muchas callejuelas. En un rincón de la plaza, cercado de blancos tapias, hay un jardín. Sobre la blancura de las tapias, amorosamente, reclinan las ramas florecidas de unos almendros jugosos.

Primogénita de los dueños de este jardín será una muchachita bella y dulce que soñará sus amores bajo los almendros en flor... Tal vez el blanco muro conoce las audacias de un gallardo estudiante, conquistador y valiente como don Félix de Montemar. Acaso en líricas noches de luna estos almendros mismos han sentido temblar sus ramas entre románticas frases juveniles y un armonioso rumor de besos... Quién sabe si las notas del piano, que a menudo revolalarán por los senderos del jardín, serán la elegía melancólica de alguna dulce locura adorable y sentimental.

El alma de un jardín, para los poetas, es siempre una estrofa. El lugar y la hora son propicios a la divagación, y yo encuentro un placer voluptuoso en ir leyendo esta estrofa peregrina, que tiene un ritmo de amor y de juventud, y en ir arrancando, uno a uno, los versos dispersos por el ambiente—en el sol, en los árboles, en el silencio, en los aromas—y componer una y mil veces la canción de amores para recitarla en la sagrada intimidad de esta hora y de este sitio y para encerrarla con llave de oro en el santuario de mi corazón...



Ha ido anocheciendo. El cielo pónese oscuro y las sombras prestan a la vieja barriada un aspecto siniestro. Los pétreos escudos nobiliarios y las afiligranadas rejas antiguas adquieren con esta luz un penetrante sabor de leyenda. Echanse de menos los embozados misteriosos, el sonido maula de las espuelas y los bravos chambergos caballerescos. En cada esquina parece que ha de oírse chocar de espadas y ayes de moribundos. Aventurándome entre encrucijadas llevo hasta el campo.

Los tiempos prosaicos que vivimos no me han deparado ninguna aventura. Ni caballero con quien pelear, ni tapada a quien seguir.

La luna se muestra entera, vertiéndose sobre el llano. Por los caminos cantan los gañanes. Y las chicharras, monacordes y estridentes, alborotan la paz de la llanura con el chirrido desgarrado de sus élitros, pregoneros del estío y de la fértil abundancia de la mies...

Alberto VALERO MARTIN

FANTASIAS VERANIEGAS

## ¡El que no se conforma...!

Es innegable que todo ciudadano o ciudadana, lo del sexo es igual, que se queda en Madrid cuando el calor aprieta más que unas ligas recién estrenadas, lo hace como si fuera una vergüenza y busca, por todos los medios, disculpa a no hallarse frente al oleaje o debate del oloroso si que también saludable pino.

A lo mejor va uno por la calle y se tropieza con un acaudalado señor que está obligado a lucirse en las playas de moda, o no hay justicia en esto de los veraneos.

—¡Usted! ¿Cómo sigue usted en este chicharrero?

El interpelado, que ha comenzado por poner un gesto de vinagre que si le cogen para una ensalada es un hallazgo, trata de despistar al otro diciendo:

—¡Cosas de la política! Dato, que se ha empeñado en que me necesitaba.

—¡Ah! ¿Usted le trata?

—Muchísimo. Siempre que tiene que comprarse ropa interior me llama. Conque ahora, para cuando los comisionados de la Liga de las naciones se reúnan en San Sebastián, piensa ir bien equipado, y quiere a todo trance que sea yo quien le elija las camisetas de red.

—Pero ¿la discusión va a ser en mangas de camisa?

—No se sabe. A lo mejor se plantea algún tema importante, se enzarzan los delegados y surge una discusión fogosa.

—¡Ah! Y entonces, en vez de tirar de textos diplomáticos, se quitan las americanas, y a discutir.

—Exactamente.

El acaudalado señor, satisfecho con la explicación, se aleja, y cuando llega a su domicilio da cuenta del encuentro:

—¡Ese estúpido de Gutiérrez! Le he tenido que contar un cuento chino, relacionado con Dato. ¡Ya ves tú, Dato, que ni siquiera me conoce!

Entonces toda la familia reconoce que es un absurdo el no veranear; pero la



voz del que tiene el dinero se impone, diciendo:

—¡Cal! Sale uno por ahí y parece que en fondas y balnearios huelen la cartería.

—¡No, que te lo van a dar de balde!

—Pues gratis son los principales elementos del verano: el aire puro de las montañas y las aguas del mar, y las gentes se las han ingeniado para cobrar por ello. ¡A mí, no!

Hay otros que se quedan más resignados, y rebuscan argumentos para demostrar que la corte es deliciosa hasta en verano. Estos son los que dedican su preferencia a los espectáculos nocturnos y al aire libre, empeñados en hallar en ellos sus deseos satisfechos.

—¿Ha estado usted en el Cacharro-Park?

—No. ¿Qué es eso?

—¡Oh, un sitio delicioso, que no le diré que sea precisamente la terraza del Casino de San Sebastián, pero sí que se puede pasar allí muy agradablemente las noches!

Fiados por esta propaganda, acudimos al Cacharro-Park, llamado así por ser de la pertenencia de un cacharrero que de tal suerte rinde homenaje de agradecimiento a su noble profesión, y nos hallamos en un solar con cuatro tiestos, un tablado, en el que la antigua clientela del cacharrero, convertida en divettes, estropea el piso a fuerza de taconazos o los oídos de los concurrentes a fuerza de chillidos, cuatro puntos aburridos y un botijo de agua tibia que ostenta en la panza un letrero que dice: «¡Ay refresco!»

—¿Y esto es lo divertido?

—Hombre, ya le dije a usted que esto no era la terraza del Casino; pero no me negará usted que aquí hay más como-

dididad y no hay necesidad de etiquetas. ¿A qué va usted a venir aquí de smoking?

—A hacer el ridículo, claro; pero, ¡caray!, no veo el fresco por ninguna parte.

—Ahora lo verá; porque el fresco es el dueño, que cobra dinero por esto; pero en verano no vamos a reparar en pelillos.

—Naturalmente. Esto, comparado con la caldera de hacer churros, es un trozo de hielo.

Quedarse en Madrid, cuando todo convida a alejarse, significa poseer dos o tres kilos de resignación y bastante mayor cantidad de buena fe, aceptando como cosa importante y hasta animada y regocijante lo que bien mirado no pasa de ser lo más sencillo del mundo.

¿Hay algo que lo sea más que una tortilla de patatas o unos filetes empanados? Pues vean ustedes, sin embargo, con qué entusiasmo se lleva la gente estos prosaicos alimentos a los sitios de aire libre, por las noches, y allí se los engulle con más contento que si estuviese cenando en el mejor restaurante.

Las gentes gozan lo indecible arrellanadas en aquellos sillones de mimbre, y creen que todo es cuestión de organizarse bien en cualquiera estación del año. Por eso hay muchos que dicen: —Eso de veranear es una cursilería que se ha puesto de moda, pero que no conduce a nada práctico. Mire usted, para esta noche tiene pensado mi señora hacer una fuente de albondiguillas e fritos a comer a lo alto de la Castellana. ¿A qué eso no lo hacen en San Sebastián, ni en Santander, ni aun en Biarritz?

—Indudablemente que no.

Y es que el que no se consuela es porque no quiere.

A. R. BONNAT

## LECTURAS

Con el sugestivo título de «La gran reveladora» ha publicado recientemente un nuevo libro Adolfo de Sandoval. «La gran reveladora» es acaso la obra más deliciosa y emotiva del autor y una de las más bellas y espirituales de la literatura contemporánea.

Sus fragantes páginas exhalan un íntimo perfume personal e inconfundible. Sandoval, por las galas y exquisiteces de su estilo, empalma la manera clásica con los sutiles refinamientos del arte moderno. Realmente admirables son los ocho capítulos de que consta el libro, en cuyas páginas se ve cómo una catedral hace al autor siendo muy niño, al llegar la Semana Santa, y en una recóndita inscripción—*Nihil sibi!*, ¡Nada para sí!—del Monumento, la suprema revelación del amor, la revelación más oportuna y eficaz en estos tiempos de odios y egoísmos. Esa inscripción viene a ser el *leit motiv* del volumen, oreado por una suave brisa de espiritual anhelo que dilata y refrigerará el alma.

La Casa Plon-Nourrit, de París, ha publicado un admirable libro titulado *Jules Lemaitre*, en que el ilustre Henry Bordeaux traza una biografía documentadísima y hace un estudio magistral de aquel famoso maestro, a quien sucedió en un sillón de la Academia Francesa.

La misma librería Plon-Nourrit acaba de editar un libro que marca uno de los momentos más interesantes de la vida literaria de Enrique Lavedan.

Es una intensa y extensa novela, que se titula *Irene Olette*, primera de una se-

rie a que el autor ha dado la denominación común de «Le chemin de salut».

*Irene Olette* es la historia sugestiva de una muchacha de París, pobre y hermosa, y al mismo tiempo la historia de numerosos personajes de diversas clases sociales, violentamente ligadas, por los arcanos de la vida, a las peripecias de una sorprendente aventura.

El distinguido escritor D. Antonio Codorniu de la Matta, que con el mismo brillante éxito cultiva la poesía que la novela, ha dado ahora a la estampa una obra de este último género, titulada *Pepucha, la Serranilla*, con la que seguramente confirmará y acrecentará el prestigio literario de que goza entre el público y la crítica.

Verismo, amenidad, emoción, son las notas distintivas de la nueva obra del señor Codorniu de la Matta, cuya acción tiene por diversos fondos el campo y la ciudad, y en que el autor se muestra inspirado colorista en la pintura de los ambientes rústicos y psicólogo sutil en el estudio de las costumbres de la vida urbana.

*Simbolo* se titula un libro que D. José Oliver Bauzá consagra a enaltecer las insignes cualidades distintivas de la raza francesa, cualidades que la tremenda epopeya reciente ha puesto de relieve una vez más ante la Humanidad.

La obra está dedicada al mariscal Joffre y lleva un prefacio del conde de Launay.

El último número de la revista barcelonesa *Estudio* es tan interesante como todos los de esta amena y culta publicación.

## Los neumáticos FIRESTONE

Ofrecen las siguientes garantías:

Seguridad,  
Resistencia,

Elasticidad,

Elegancia  
y Calidad.

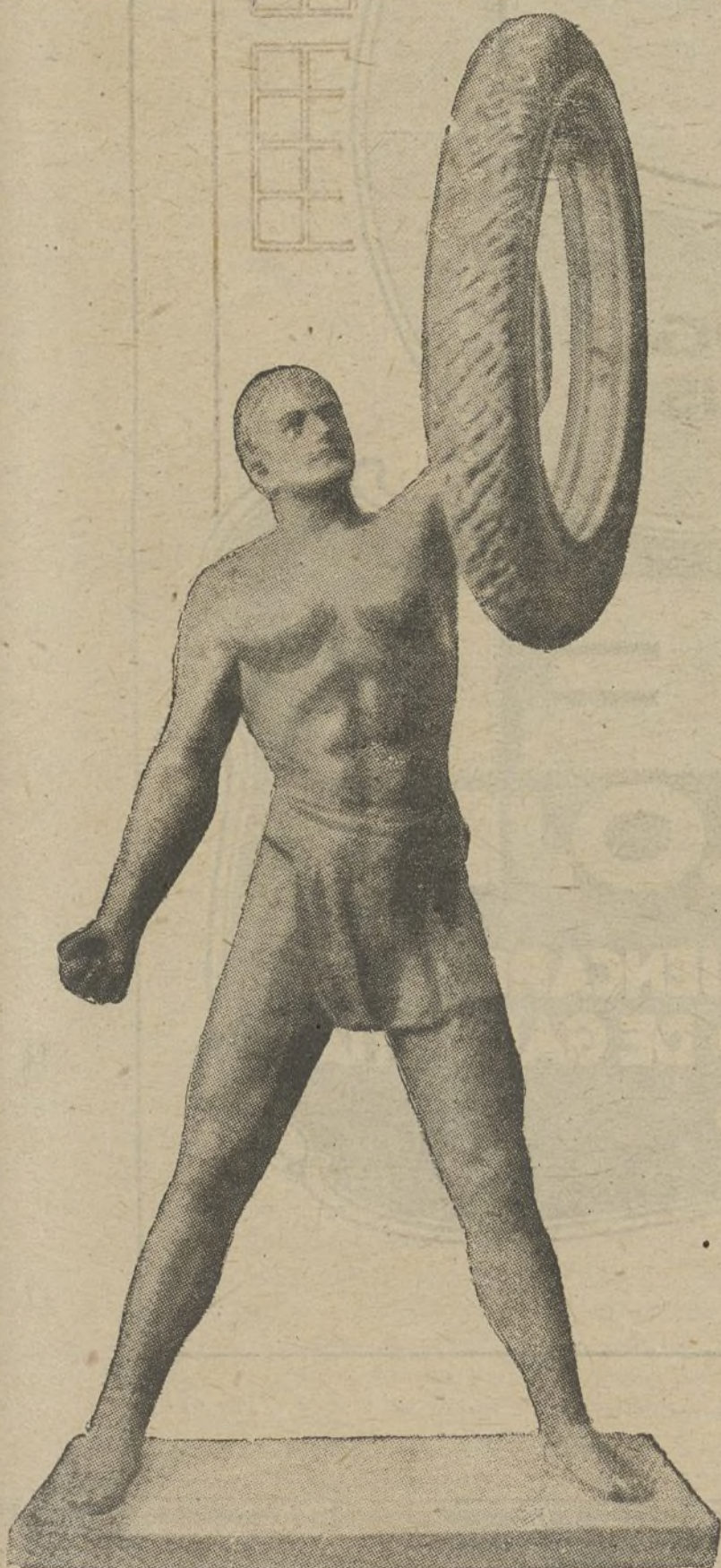
Los neumáticos FIRESTONE están contruados con goma de la mejor calidad, reforzada por lonas cuya fuerza de tensión desafía al uso y al tiempo. Solamente en los Estados Unidos, más de la mitad de los vehículos existentes llevan neumáticos o bandajes macizos FIRESTONE; por eso han conquistado el renombre del

COLOSO DE LOS CAMINOS

The FIRESTONE Tire & Rubber C. L.—Akron, Ohio, E. U. A.

▽ ▽ ▽

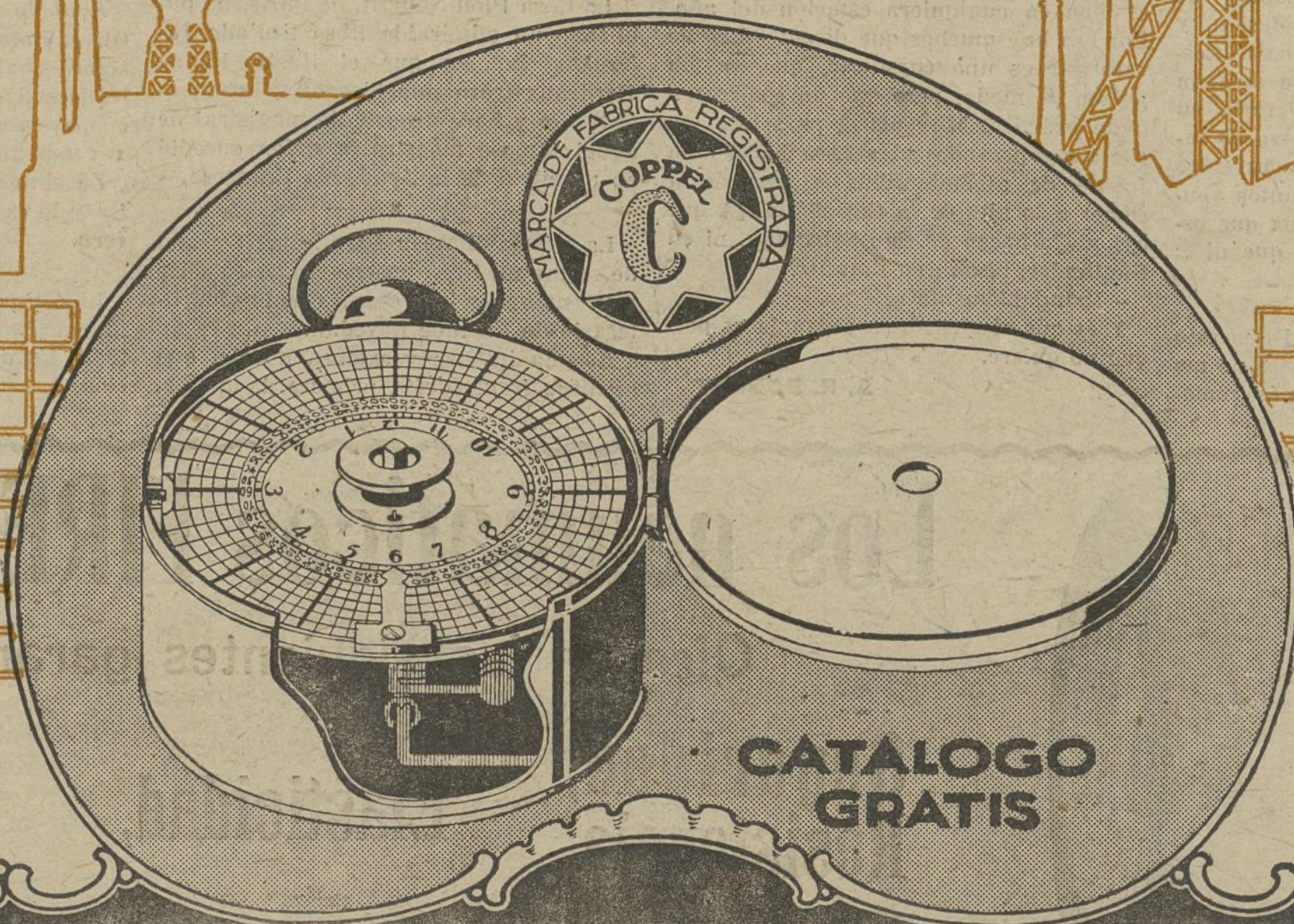
Agencia exclusiva para España y posesiones españolas de Marruecos: Alcalá, 60, MADRID. Tel. 41-84 M. —Sub-Agencias: Barcelona, plaza Santa Ana, 2 y 3. —Valencia, Pi y Margall, 26. —Bilbao, Alameda Mazarredo, 15. —Cádiz, plaza Loreto.





# RELOJ VIGILANTE

MUY UTIL  
PARA BANCOS / TEATROS  
MUSEOS / BIBLIOTECAS  
FABRICAS / ETC



CATALOGO  
GRATIS

## COPPEL

### FABRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27 MADRID FUENCARRAL, 27  
A CADA RELOJ ACOMPAÑA CERTIFICADO DE GARANTIA  
REMESAS A PROVINCIAS

BRAUNE